

Entrevistas

Las preguntas:

Primera: los acontecimientos violentos de los últimos sesenta días en el país, ¿los atribuye a efervescencias aisladas que coincidieron en sus fines o a la acción de grupos organizados y manejados desde dentro o fuera del país?

Segunda: ¿la responsabilidad hay que atribuirla a extremistas con objetivos de subversión o a grupos que entenderían que los errores de conducción que se han cometido ya superan la medida permisible a un gobierno que pretende encarar una revolución? En caso afirmativo, ¿existe una contrarrevolución? ¿Los contrarrevolucionarios o antirrevolucionarios serían los extremistas?

Tercera: ¿Cree que en este momento argentino los errores superan cuantitativamente a los extremistas? ¿Cuál es la salida en este momento tan especial del país?

Leopoldo Marechal:

Hace más de un año decía yo respondiendo a una encuesta sobre el gobierno de la Revolución Argentina: "su defecto más grande (amén de su vacío de representación) consiste, a mi juicio en haberse instaurado y manejar el poder en el nombre de una supuesta «incapacidad del mundo civil» para gobernar los destinos de la Nación. Claro está que la civilidad argentina, frente a esa nueva expresión de un «mesianismo castrense» cuya historia se inició en 1930, se mantuvo al margen y siguió realizando, como de costumbre, las obras físicas e intelectuales del «país real», ajena otra vez a las abstracciones que se formulaban desde una casa de gobierno. "Pero entendamos —añadía yo— que mantenerse ajena no es lo mismo que permanecer indiferente; la civilidad argentina negada en su ca-

ESTUDIOS • Nº 4
Diciembre 1994

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

* Encuesta: "¿Más errores que extremistas?" en revista *Extra*, Año 5 Núm. 48, julio de 1969. Buenos Aires. Págs. 18 a 27.

pacidad y ofendida por tanto en su honor civil, caerá en el trauma psíquico de toda sumersión o reclamará sus derechos inalienables y sus deberes ineludibles”.

Esto último es lo que, a mi entender, sucedió en los hechos de mayo cuya interpretación nos deja tres conclusiones muy significativas: a) por primera vez la inerme civilidad argentina, en asombrosa cohesión, se ha resistido masivamente a las presiones y violencias de un gobierno de facto; b) el federalismo, diría yo, ha tomado la iniciativa de la resistencia, según lo anuncia la línea Corrientes, Rosario, Córdoba, Tucumán y Salta; c) en el terreno sindical, según lo revela el paro del día 30, las bases han desoído por primera vez a ciertos dirigentes que las instaban a no entrar en aquel acto de resistencia civil. Naturalmente los voceros oficiales no han dejado de observar este «cambio de piel» en la República. Se duelen algunos y dicen que los acontecimientos de mayo no entran en el «estilo del país». Como si el país no fuera una criatura viviente y exigida como tal por todos los cambios que deberá realizar en el desarrollo de sus posibilidades históricas. Otros denuncian la irrupción de ideólogos foráneos que se habría introducido en las acciones, a favor de la inocencia o la ignorancia políticas que se atribuyen aún a nuestro pueblo. Como si nuestro pueblo, aquí y ahora, no se contara entre los más inteligentemente politizados. Nos hace advertir esto último el peligro de usar fantasmas cómodos (o comodines) en la interpretación de nuestros hechos económico-sociales. En mi *Autopsia de Creso*, publicada en 1964, decía yo, refiriéndome históricamente a la sugestión que el «hombre económico» (Creso) ejerció sobre el «hombre militar» (Ajax): “Consistió en identificar la noción de Patria con las instituciones políticas, económicas y sociales que había creado él mismo (Creso) *pro domo sua* y con la colaboración de sus valiosos juristas. El obnubilado guerrero (Ajax) entendió en adelante que su objetivo era la defensa de tales instituciones, a cumplirse en un campo de batalla «interno» que hasta entonces no había conocido el soldado; lo cual implicaba la existencia de un «enemigo interno», igualmente novedoso, que tenía que ser fatalmente un «hermano» en la nacionalidad”. De tal suerte vimos cómo el guerrero, bajo la dictadura del hombre económico, desprestigiaba su acero y ofendía sus laureles en tristes funciones de «policía interna» que a menudo lo llevaron al fratricidio. Ahora bien, cinco años más tarde, en 1969, el señor general Lanusse, en su discurso pronunciado con motivo del Día del Ejército, dice así: “Hasta no hace muchos años a los enemigos potenciales se los concebía más allá de las fronteras. Hoy la realidad es distinta, ya que la existencia palpable de fronteras ideológicas internas, coloca al enemigo dentro de las naciones mismas”. Naturalmente, las palabras del señor general constituyen una excelente corroboración de la teoría que formulé en la *Autopsia de Creso*. Y me pregunto ahora: ¿qué ocurrirá si, fiel a sus fronteras interiores, al guerrero Ajax le da por ver y combatir a un enemigo ideológico en cada uno de sus conciudadanos que aspire justicieramente a transformar nuestras anquilosadas estructuras? “Desde nuestra infancia —dije alguna vez—, ¡oh, los desfiles militares de antaño! admitamos cariñosa y orgullosamente que las fuerzas armadas constituyen el brazo guerrero de la Nación. Pero nadie admite ni concibe que sean el cerebro pensante y dirigente de la Patria”. Quiera Dios que las veamos otra vez con sus ojos puestos en las fronteras exteriores de la Patria, como lo hicieron en su día San Martín y Belgrano, y jamás en una imaginaria frontera interior donde, si existiera, no hallarían enemigos ni en potencia ni en acto, sino compatriotas que sólo quieren dialogar en las vigalias del país y trabajar en las obras de su destino.

Bernardo Houssay

Yo creo que existen siempre los sectores atentos a los momentos propicios para promover desórdenes. En Córdoba se ha dado esa circunstancia: grupos de personas, a las que yo llamo "profesionales del desorden", fueron las que se encargaron de llevar a cabo los desastres que todo el país conoce. Siempre hay grupos que propician disturbios y entorpecen el normal desarrollo de la gestión de gobierno. Eso con respecto a los errores, que sí los tuvo la Revolución Argentina, pero que, como ocurrió en otros tiempos, son magnificados por la oposición para lograr sus propósitos. Los aumentos en los combustibles, pan, leche, etcétera, son factores menores pero que también fueron utilizados por los opositores.

Creo que hay grupos de extremistas perfectamente entrenados. A dichos grupos no los veo claros, su posición es difícil de definir. Además entiendo que existen personas o grupos de personas cuyo objetivo es sacar a las autoridades actuales del gobierno. Pero creo que esos sectores no son importantes.

Repito: extremistas hay los de siempre. Organizados. Entrenados. Errores por parte del gobierno: sí los hubo... como también hubo aciertos. En los errores puedo mencionar que en el terreno universitario los profesores deben tener más participación en todas las resoluciones que se tomen en ese medio. Con respecto al cambio de gabinete, puedo decir que a los funcionarios salientes que conozco los considero tan honestos y capaces como a los recientemente designados que también conozco.

Ismael Quiles, S.J.:

Los acontecimientos de Córdoba han sido muy complejos. Fueron producto de casos complejos e independientes entre sí. Reacción estudiantil en Corrientes y posteriormente en Rosario, auspiciada por grupos desorganizados. Esos factores fueron aprovechados por una organización de Córdoba, que los magnificó hasta lograr la efervescencia.

Si "disturbios por errores o errores por disturbios", creo que todo junto. Fueron errores y situaciones coincidentes las que motivaron los sucesos. La Revolución Argentina ha tenido muchos errores y también muchos aciertos en la conducción del país. Entre los primeros puedo destacar la carencia de contenido social en la gestión de gobierno. Y esto se dio en la práctica, ya que en la teoría el aspecto social era debidamente contemplado desde los primeros días de la Revolución. Lo que impactó en la opinión pública es que la Revolución no ha respondido totalmente a sus propios preceptos.

Entiendo que hay grupos que están en una cosa y otros que están en la otra (¿Antirrevolución? ¿Contrarrevolución? ¿Extremistas?). También hay buena parte del pueblo que salió a la calle mostrando su disconformidad. Pero salió pacíficamente. Los que levantaron barricadas e incendiaron automóviles fueron sectores extremistas perfectamente identificados. Con relación a su pregunta acerca de si hay más errores que extremistas, le digo que no podemos apreciar la situación en materia numérica. Lo que ha tenido mayor importancia en la motivación de los hechos, la causante de la reacción, ha sido la insatisfacción de no haber visto cubierta una expectativa. Si a esto lo llamamos "errores", podemos decir que fueron los factores que han creado el ambiente propicio para los hechos.

Astor Piazzolla:

Nunca me he metido con la política, aunque creo positivamente que de alguna manera mi lucha con mi música es mi política. Yo formo parte de los disconformes de mi país. Y me uno a ellos.

Carlos Astrada:

1) De ningún modo, ni lo uno ni lo otro. Los "acontecimientos violentos de los últimos días" son imputables a los graves errores y a la prepotencia de la *involución argentina* con su cohorte de funcionarios y monaguillos. Tal el caso de Córdoba, donde ha surgido con plena conciencia de masas el Poder Estudiantil, fuerza actuante hoy en todo el mundo.

2) A esta pregunta hay que desglosarla en dos: a) No se puede atribuir la responsabilidad de los hechos a extremistas con objetivos subversivos, sino al cúmulo de desaciertos (negociados y venalidades incluidos) del gobierno; b) No puede existir una "contrarrevolución" por la sencilla razón que no existe una "revolución". Lo que existe es una acelerada Involución hacia un nuevo coloniaje. Es tiempo ya de que dejemos de mentirnos a nosotros mismos, apartando la retórica y el verbalismo que ocultan el desastroso presente argentino. Hagamos cifras, bajemos el árbol desde el cual contemplamos "la grandeza de la Argentina"; con modestia y hasta con humildad contemplemos la pequeña imagen que en el cenit proyectamos sobre el gran mural de la historia. Nuestro crecimiento es puramente vegetativo. No es que las madres argentinas del norte, sur y noreste no paran hijos, pero de 8 que nacen sólo sobreviven 2. Nos falta la necesaria densidad demográfica para constituirnos en una nación organizada, industrializada, dueña de sus ingentes riquezas. En 1880, el general Julio Roca exclama: "Felices aquellos que podrán contemplar a la República Argentina dentro de cincuenta años con 50 millones de habitantes". Para el año 2000, la Argentina tendrá poco más de 30 millones de habitantes mientras que Brasil contará con cerca de 250 millones. Esta escasa densidad demográfica no es, como supone el tratadista chileno Alejandro Magnet, imputable a abundancia de proteínas, pues en las regiones marginales de Argentina no abundan éstas, y ya se comprueba que existe hambre (falta de vitaminas). Para que Argentina pueda acceder a la universalidad (no será por la producción de lana) y cobrar existencia en el pensamiento y en el verbo, necesita 100 millones de habitantes. Así lo hemos petitionado en 1948 en nuestro libro *El mito gaucho*.

La respuesta a la pregunta número uno responde parte de la tercera. Y además este "especial momento del país" no tiene salida. El pueblo argentino, con un sentido defensivo, tendrá que apuntalar la lucha contra el ejército, que expresa y defiende los intereses del imperialismo en nuestro país. Si la suboficialidad económicamente postergada y despreciada, se decide a asumir una conducta argentina, apoyando a la clase trabajadora, el futuro nos abre grandes esperanzas. Nuestra dolorosa *impasse* se define así: "Tropas de ocupación versus pueblo argentino".

Cristo también fue un agitador*

Francia, Mayo 1968. Se produce una profunda conmoción estudiantil encuadrada y precedida por manifestaciones similares en diversos países de Europa, en los Estados Unidos y en Brasil.

Posteriormente la onda de protesta estudiantil se extiende por toda la América Latina, desde México hasta Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador, Chile, Uruguay...

*Jerónimo José Podestá, Obispo, en *Extra*, julio 1969. Buenos Aires. Págs. 34-35.

No podemos engañarnos acerca del sentido de este gran movimiento de protesta estudiantil. Su extensión geográfica, su dimensión planetaria, indica que algo muy profundo está metido en su entraña y obliga a cuestionar las explicaciones simplistas y a interrogarnos acerca de nuestra capacidad de captar lo actual de la historia.

El dinamismo histórico profundo es el mismo en todas partes, pero en otros países pudo quedar más latente u oculto, por falta de madurez de la juventud. Así, por ejemplo, se me ocurre que en Alemania, el elevado bienestar y el materialismo práctico adormecen los dinamismos que fermentan la historia y frenan el proceso de la revolución. Algo semejante ocurre en Estados Unidos. Allí la protesta se desdobra: a) en cauces líricos como el movimiento hippie y b) en cauces tumultuosos sin otro objeto que la pura explosión de protesta o bien confunden con la lucha racial o la reacción antibélica.

Las reacciones que se producen en España aparecen tremendamente frenadas por el peso de largos años de severo control y dura represión; por eso podrían dar la sensación de hastío de un régimen que se vuelve insoportable. (Tengo la impresión de que allí el proceso madura aceleradamente y sólo se demora por la falta de ejercicio en los liderazgos naturales).

El atraso social en Colombia y la típica situación de subdesarrollo en Brasil también enmascaran, en cierto sentido, la significación de la rebelión juvenil a pesar de la bandera de Camilo Torres y del liderazgo de Cámara.

Asimismo en Chile, el proceso ofrece una imagen distorsionada por la confusión política y otro tanto podría decirse del Uruguay.

En cambio, los sucesos que tienen su epicentro en París, parecen dar la verdadera tónica de la revolución. La magnitud del movimiento juvenil es tal, que desborda el marco propiamente estudiantil y arrastra consigo la masa de los trabajadores para cuestionar estructuras culturales, sociales y políticas en un país que —conducido por un líder excepcional— salió de la postración de la guerra y del caos político para alcanzar su extraordinario desarrollo y reconquistar su dimensión nacional enfrentándose con los grandes imperialismos internacionales. La Francia de la Revolución Francesa aparece dispuesta a producir la gran revolución humanista del Siglo xx.

La Revolución gana la calle sin resistencias y cuando parece que algo decisivo va a suceder en Francia, y alerta al mundo entero, el proceso comienza a desnaturalizarse y desinflarse. La mística revolucionaria alimentada en el profeta Marcuse es más negativa que constructiva, no aparecen los líderes que sepan dar un verdadero cauce político al movimiento; el ambiguo y desesperado esfuerzo del Partido Comunista por llevar el agua a su molino pone en descubierto su falta de verdad revolucionaria y su juego de equilibrio y compromiso imperialista; la infiltración de los viejos políticos de izquierda y su afán por quedar en la cresta de la ola, debilita y borrona el proceso. Por eso, después de varios días de expectativa, el General de Gaulle reacciona, comprometiéndose antes con la derecha para obtener su apoyo y ofrece simples concesiones a la protesta. De todos modos su suerte está echada, pero al mismo tiempo la rebeldía juvenil quedará frustrada. Las fuerzas imperialistas de derecha e izquierda y los intereses de uno y otro signo jugaron bien su papel para contrarrestar el dinamismo revolucionario.

El anciano general, que no carece totalmente de sentido de la historia, evita la opción más contraproducente: la represión; pero cae en la trampa de las estructuras de poder del

“viejo orden”. A un año de aquellos sucesos, Francia se encuentra ante la anodina opción entre Poher y Pompidou.

Con la perspectiva de un año más me pregunto si de Gaulle no supo ubicar la verdadera opción que es el hombre nuevo, representado por la generación juvenil; si la falta de madurez del movimiento y el propio cansancio, lo inhibieron para jugarse y asumir decididamente el proceso; o si lo aplastó el peso de las viejas estructuras.

Una interpretación que no toca fondo, podría afirmar que de Gaulle cae, al sacrificar la evolución social interna en aras de su desarrollo como potencia y achaca a la protesta juvenil el error de haber estropeado el desarrollo de su política frente al imperialismo yanqui y la tiranía del dólar. Pero la historia no juega ya a “potencias”, a “dirigentes”, a “estructuras de poder”, a “desarrollismo económico”, a simple bienestar, sino que apuesta al hombre a su pleno desarrollo y a su plena participación.

De todos modos, el proceso del mes de mayo, en Francia, deja un saldo manifiesto: a) El polo de la revolución se desplaza hacia la juventud; el eje revolucionario tiene su polo más dinámico no en el proletariado sino en la juventud universitaria. b) Más que “tener” y “poder”, la nueva generación da primacía a “ser” y “participar”.

De Mayo a Mayo. Ante esos acontecimientos la opinión argentina está repartida: la mentalidad liberal burguesa goza de que el orden haya prevalecido sobre el extremismo revolucionario, se tranquiliza por la buena salud de que gozan todavía las viejas estructuras y se felicita por la realidad argentina, donde finalmente impera la sensatez y se goza de un régimen que impide tales desbordes. La mentalidad nacionalista de derecha se regocija de la dura lección que obligará al estadista francés a una definición más neta, de acuerdo con su ideología. Finalmente, para los que quieren de verdad el cambio, la revolución de mayo en Francia tiene el carácter de un hito histórico.

Quienes interpretaron positivamente el mayo francés, debían inexorablemente interrogarse acerca de la realidad argentina y plantearse una pregunta inquietante: ¿Qué pasa en la Argentina? La respuesta más decepcionante era ésta: “Aquí no pasa nada de eso”. Para la mentalidad conservadora, esto significa satisfacción y seguridad; para los partidarios del cambio entrañaba la decepción de aceptar que nuestra generación joven no presenta signos de conciencia revolucionaria, sino de alienación y conformismo.

Unos se frotan las manos con la satisfacción de comprobar nuestra fidelidad a los valores de la civilización “occidental y cristiana”, la inmunidad de nuestro pueblo a los “extremismos e ideologías foráneas” y la consolidación de nuestras estructuras en el “orden tradicional”. Los otros no podían ocultar una desazón y un descontento crecientes. Los primeros ubican aquí el principal mérito de la Revolución Argentina y de su jefe; los segundos entienden, por el contrario, que su aspecto más negativo está en su signo reaccionario.

En febrero del '68 en un Encuentro Nacional de la Juventud Universitaria Católica, se formuló esta pregunta clave: Perspectivas y posibilidades de la “Revolución”. La respuesta unánime de los delegados, jóvenes concientizados y comprometidos en el cambio social, fue: El proceso no está maduro y es de largo aliento. Unos pocos opinaron que haría falta más de una década pero la mayoría afirmó decididamente que haría falta una generación por lo menos.

La pregunta clave : "¿Qué pasa en la Argentina que no pasa nada?" fue planteada y replanteada permanentemente por mí a lo largo del año pasado.

A través de una cruda y descarnada valoración de los hechos y de la realidad argentina y de una severa autocrítica, una conclusión se fue imponiendo cada vez con mayor convicción. No se trata de apatía, conformismo o "alienación", sino de madurez.

La aparente apatía de casi tres años oculta un cambio profundo en la realidad que configura la nueva generación más notable en el sector estudiantil que en el sector obrero: la transformación de las antiguas agrupaciones masivas "usadas" por dirigentes "políticos" en pequeños, pero numerosos grupos de base, de alto grado de concientización y de auténtico compromiso con el cambio social.

Quiénes teníamos información y contactos serios, no podíamos ignorar que algo profundo estaba fermentando y que habría de estallar este año. Mientras tanto, otros dos hechos de signo contrario y diverso contenido juega su papel:

1) La progresiva movilización de los sectores liberales. A ellos deben atribuirse: a) Constantes presiones ejercidas sobre el gobierno e infiltraciones en los cuadros de la Revolución Argentina, alentadas y orquestadas desde el exterior; b) algunos raros episodios tipo "comando" destinados a crear "clima" y confundir la opinión pública; y c) campañas de prensa orientadas a un objetivo concreto: el llamado a elecciones en un plazo definido.

Los observadores políticos creen que algunas manifestaciones de la Iglesia oficial le hacen el juego a este proceso.

2) La concientización del ambiente social y el aliento que las reivindicaciones sociales reciben del movimiento de los "curas rebeldes", falsa y equivocadamente denominados así, pues no son otra cosa que sacerdotes que asumen leal y efectivamente su compromiso evangélico con el pueblo y por la justicia. (Más justamente puede denominarse "Grupo del Tercer Mundo"). Quienes se rasgan las vestiduras por este motivo, no ignoran que constituye el elemento más significativo en el proceso humano y religioso de la Argentina.

Argentina, Mayo de 1969. Es un hecho de tremenda significación. Su importancia es tan grande que nadie tiene derecho a confundirse y menos a confundir.

No es honesto recurrir al remanido slogan de los "agitadores extremistas" como lo hicieron el ex ministro del Interior y el propio Presidente. En ese caso habría que acusar en primer lugar a los "curitas" y a militantes cristianos. (Cristo también fue condenado por agitador). Pasemos también por alto las declaraciones de entidades serias que rasgan sus vestiduras porque la inconsciencia estudiantil pone en peligro la estabilización monetaria.

Hoy muchos "lamentan y deploran", pero no se conmovieron ante la brutal e injusta represión de los pobladores de Villa Quinteros, en Tucumán, o la inútil represión de la "marcha de hambre" en Santa Fe.

A nuestra juventud madura le produce náusea el lloriqueo sentimental de quienes no han hecho nada por cambiar la situación de injusticia, y están comprometidos con las estructuras opresoras, que generan la violencia. Nuestra juventud habla un idioma distinto y no la conmueve el "tener más" si es a costa de la dignidad. Esta juventud nueva aspira a la "liberación" y a la "participación". Quiere ser actora. Intuye verdades y valores nuevos, quiere asumir las tremendas responsabilidades que la esperan en este "giro de la historia" y frente a las cuales las actitudes y la mentalidad de la actual generación dirigente, están

totalmente incapacitadas. Aspira ante todo a "ser más", no sólo porque vive valores nuevos, sino también porque sabe que es el único camino del verdadero progreso.

Nuestro movimiento de Mayo tiene raigambre madura y profunda a pesar de las apariencias subversivas. Implica una acelerada maduración del proceso de cambio. La Capital de la Revolución puede estar aquí. Sus dirigentes también están, aunque no han aflorado, pero ciertamente ya están marcando la caducidad absoluta y definitiva de los viejos dirigentes.

Esto nos permite adelantar una primera y fundamental conclusión: el vacío de poder se ha acentuado aún más. Una salida "electoralista" es una trampa en la que caen también importantes sectores gremiales que sin saberlo, le hacen el juego a los liberales —aunque sus dirigentes sí lo saben—. El meridiano de la verdad pasa por las bases.

Los hechos de Mayo ponen de manifiesto un sordo malestar y un reprimido descontento popular; más en lo profundo expresan la frustración de esperanzadas expectativas: el anhelo de participar. Ya no se trata como en nuestra primera Revolución de Mayo de que "el pueblo quiere saber"; ahora el pueblo quiere estar.

Señalan también falta de interpretación y de conducción, carencia de concepto político, ausencia de revolución verdadera; pero el significado último es una fisura entre un mundo que termina y un mundo que nace. Quien no entienda esta opción está radicalmente incapacitado para conducir.

Si juzgara interesada o superficialmente el discurso del señor Presidente, diría también que fue un "discurso de escuela primaria", como se ha repetido en la calle. Pero a pesar de sus carencias, tanto amigos como enemigos infravaloran al General Onganía.

Su discurso contiene una primera parte —cón equívocos ya señalados— en la que se hace concesiones a grupos militares que consciente o inconscientemente le hacen juego a los factores del poder liberal. Pero no se le hace justicia cuando no se distingue una segunda parte en la que afirma su voluntad de asumir plenamente su responsabilidad.

Si asumió un vacío, le corresponde a él llenarlo o prepararlo. Sería cobardía abandonar la suerte de nuestro proceso revolucionario al juego de intereses de todos los viejos dirigentes que ya se están trenzando. En este caso, para mayo del '70, estaríamos ante la misma situación en que terminó el mayo francés del '68.

No hay salida liberal. Tampoco hay salida por el cauce de la represión. Por ambos caminos se prepara a corto plazo el caos o la guerra civil. Dos años serán suficientes para ponerlo de manifiesto.

En este sentido, Onganía comenzó a transitar por una senda equivocada en la que de Garle rehusó entrar. La calificada "dictablanda" ya ha sido calificada abiertamente de "dictadura". Las últimas leyes represivas constituyen el error más craso. Nadie puede olvidar que en nuestra patria ya se ha reiterado el juicio de "traición a la patria" a quienes se acusó de asumir la suma del poder.

El vacío de poder no se llena ni con dictadura ni con "factores" de poder, sino con poder verdadero, con pueblo. Eso es participación.

No basta un cambio de gabinete. Se trata de hacer la revolución en serio. No sé si el actual gobierno está aún en condiciones de hacerlo, pues su imagen está muy deteriorada. Pero Onganía tiene la obligación y la gravísima responsabilidad, al menos de abrir el Cauce, sin claudicar ante las fuerzas regresivas del viejo o del neo-liberalismo.

Un día se me dijo que yo era el principal enemigo de la Revolución. Más tarde se afirmó que el mayor peligro era el movimiento de los curas pos-conciliares. Pero si Onganía no sabe abrir ese cauce, él será el enemigo público número uno de la Revolución Argentina.

He querido permitirme una reflexión Política. Pienso que puedo aportar algo de luz donde hace tanta falta. Los hechos de mayo a mayo -y de antes- han interpelado fuertemente mi conciencia. No salí a hacer declaraciones públicas ni a sumarme a nadie; no me interesa el poder sino la verdad. Me coloco en la línea de los "sacerdotes del Tercer Mundo", que no buscan ser líderes, sino fermento evangélico. Mi única aspiración y mi perspectiva es la construcción del "hombre nuevo" del Evangelio, del hombre humanizado, libre, auténtico, pleno en la verdad y en el amor. Mi gran preocupación es la responsabilidad de los que deben dar a este mundo la Buena Nueva.

Entrevista a Lucía Robledo*

"En el '69, y a pesar de haber egresado de la Facultad de Filosofía el año anterior, yo prácticamente seguía siendo estudiante. Quiero decir, que no tenía un trabajo estable —ya que como docente del magisterio sólo hacía algunas suplencias— y había comenzado a trabajar *ad honorem* en la Universidad como asistente de una cátedra. Así que nuestra militancia seguía apegada al movimiento estudiantil, al grupo de gente que nucleaba el *ceffyl*, el Centro de Estudiantes de la Facultad y que había vivido intensamente todos los sucesos del '66 y los años que siguieron. Años duros —aunque comparándolos con los que vinieron luego hoy nos parezcan blandos— en los que teníamos definiciones y objetivos claros, grandes propósitos. Por eso, en mi recuerdo, vivo esa época como si hubiese sido estudiante. Y eso porque a partir del golpe del '66, desde la Universidad resistimos con fuerza al gobierno de Onganía que había echado a muchos de nuestros profesores y anulado nuestra ley universitaria. Hay que recordar que durante todo ese año nos mantuvimos en huelga, sin ir a clases ni rendir exámenes, movilizándonos permanentemente no sólo por nuestra problemática particular sino también tratando de hacer realidad la unión obrero-estudiantil.

Por eso, los días previos al "Cordobazo" fueron para nosotros días muy agitados. Porque desde la Universidad compartíamos lo que venía sucediendo por entonces con el movimiento obrero. Recuerdo que el 28 de mayo nos juntamos como tantas veces lo hacíamos en el *Akrópolis*, un bar ubicado al frente del local de la CGT en la Avenida Vélez Sársfield, para ver de qué modo nos organizábamos para participar, al día siguiente, de los actos que estaban previstos a raíz del paro. Para el grupo con quienes estaba la consigna fue ir a hacer tareas de movilización a Barrio Patricios. Pero antes de eso, en la CGT, estuvimos trabajando en todo lo que era la organización del paro. Los dirigentes, como es natural, se encargaban de planificar la movilización de cada sector —desde dónde se iba a partir, hacia dónde debía encolumnarse— y nosotros preparábamos los carteles, ensayábamos los cantos... y hasta se tejía. Sí, no es broma. Recuerdo a una señora, una activista muy conocida, que en medio de todo aquello se puso a tejer porque según ella era el único modo que tenía de sacarse los nervios.

* Lucía Robledo fue militante estudiantil en 1969. Esta entrevista realizada por Beatriz Torres es parte de la documentación utilizada para elaborar el guión del "Radioteatro El Cordobazo".

A las 7 de la mañana del 29 nos juntamos en el centro y partimos en un camión hacia el barrio. En el grupo había gente de la Escuela de Artes (me acuerdo especialmente de Federico Bazán) y en especial gente de cine y de teatro, de los grupos artísticos que se identificaban como grupos "por la liberación" y que eran los más combativos dentro del escenario cultural y con los que usualmente nos reuníamos en peñas, en el comedor universitario y en la misma CGT.

Nuestra intención, ese día, era ir al barrio y desde allí trasladarnos con la gente hacia el centro para apoyar el paro obrero. Pero en barrio Patricios la cosa no funcionó muy bien. Sólo se nos plegaron los activistas de la zona, con los que ya teníamos contacto. Entonces, como por radio comenzaron a informar que en el centro la cosa se estaba poniendo movida, decidimos volvernos al centro como podíamos, porque ya no había transporte.

Llegué a tiempo para presenciar el ingreso por Vélez Sársfield de la columna de LUZ Y FUERZA con carteles, banderas y Agustín Tosco a la cabeza. Iban llegando hasta el local de la CGT y atrás se encolumnaban otros gremios y las organizaciones estudiantiles. Las columnas se mantuvieron hasta que comenzó la dispersión porque llegaron los caballos, llegó la policía, comenzó el desastre, los tiros, mataron a Mena. Fue entonces que comenzaron a levantarse las barricadas y comenzaron a prenderse fuego con las cosas que la gente tiraba desde los edificios.

La gente se movía por todo el centro. Todo estaba tomado... Yo andaba por el lado de la Avenida Maipú, que en ese tiempo estaban ensanchando. ¡Nos vieras trepándonos en las enormes máquinas que había! En realidad, eso era bastante arriesgado, pero por entonces no teníamos la sensación de miedo y peligro que fue creciendo después. Todavía pienso que había mucho de romántico y aventurero en todo aquello. Por ejemplo, recuerdo haberme parado tranquilamente al lado de un patrullero para escuchar las indicaciones que les estaban dando desde la Central y rápidamente ir a transmitirselas a los compañeros nuestros que comandaban la movilización sin ningún miedo, sin temor por ese *petit* espionaje que yo andaba haciendo y que nadie observaba.

Unas horas después la movilización era generalizada. Todo el mundo estaba en el centro. Nosotros —y hablo en plural porque yo andaba con mi hermano más chico— teníamos una familia amiga que vivía cerca y fuimos a buscarla para que participaran de esa cosa tan popular. Y se vino toda la familia, el médico, la señora y los chicos y andábamos por ahí, "cordobeando". Es cierto que ya había habido muertos y heridos, pero fue recién después de que entrara el ejército y cuando empezaron las detenciones que nos fuimos replegando como pudimos ya que estábamos muy dispersos, no teníamos una organización muy clara, ni cobertura alguna. Los sindicatos sí estaban más organizados, pero lo que había empezado como un paro activo, un paro obrero de enfrentamiento al gobierno militar, terminó siendo después un hecho de todo el pueblo, incluso de gente que uno nunca hubiera pensado que participaría en algo así. En aquella época Nueva Córdoba, por ejemplo, era un barrio bastante elitista. Y yo, que estuve por esa zona, puedo recordar que la gente participaba, que las barricadas las hacíamos con cosas que lo que la gente tiraba desde los edificios: camas viejas, colchones, escobas, tarros, de todo. Era como tirar la casa por la ventana. Como ese festejo que hacen los napolitanos a fin de año cuando tiran todo lo que no les sirve.

A la nohcecita, cuando ya habían entrado los tanques y se había decretado el estado

de sitio, decidimos regresar a casa. Antes estuvimos recorriendo comisarías, buscando gente que podía estar detenida, pero por suerte no encontramos a ningún compañero ni gente conocida. A esa hora (yo vivía en barrio General Paz) los puentes ya estaban custodiados por los soldados y para pasarlos había que mostrar documentos. Por suerte nos salvamos de ese trámite porque hicimos dedo en la Avenida Olmos y nos levantó un señor que resultó ser un militar, indignado con todo lo que había pasado y nosotros todos sudorosos pero calladitos la boca... tan inconscientes que por adentro nos moríamos de risa ahí, al lado de él. Así llegamos a casa donde todo el mundo estaba prendido a la radio, como lo hicimos al día siguiente tratando de informarnos, de enterarnos de lo que pasaba de nuestro lado, pero era imposible, sólo se sabía lo que decían desde el poder.

Los días siguientes fueron bastante grises y silenciosos. Había estado de sitio y toque de queda. Pero apenas se abrían un poco las compuertas uno empezaba a moverse y volvía cada uno a sus lugares. Y así siguieron las cosas. Lo inmediato fue movilizarnos y trabajar para que se liberaran los presos políticos. Poco tiempo después vivíamos el "Viborazo".

Entrevista a Erio Vaudagna*

A fines de la década del '60 el clero cordobés, y una parte de la feligresía católica cordobesa, venía de una conversión: la que se produjo luego del Concilio Vaticano II. Veníamos de revisar profundamente el papel de la Iglesia en la sociedad desde el Renacimiento hasta la modernidad, su condición de institución encapsulada al servicio de los sectores dominantes, aprisionada y cerrada en mano de esos sectores. El Concilio Vaticano II nos abrió la mente para una crítica profunda, radicalizada y sin condicionamientos, para la búsqueda de una Iglesia que institucionalmente comenzase a estar al servicio de los pobres, cumpliendo con el mandato evangélico.

Eso escandalizó a los sectores tradicionales de la Iglesia Católica cordobesa empezando por su jerarquía eclesiástica. Por ello, los sectores del clero que expresaron esa crítica eclesiástica, en general fueron marginados de los puestos directivos y enviados a zonas marginales de la ciudad, hecho que recibimos con una gran alegría porque ése era nuestro campo, el lugar donde queríamos entrar a trabajar y a anunciar el Evangelio en una forma nueva. Así que, relegados o marginados de la conducción eclesiástica recuperamos, por así decirlo, los sectores populares. Grandes barriadas quedaron en manos de curas que luego se llamaron tercermundistas. En 1969 ya había barrios como Güemes, Alto Alberdi, Los Plátanos, Libertador, Comercial que estaban conducidos desde el punto de vista religioso cristiano católico, por sacerdotes enrolados en esta actitud de búsqueda de una nueva Iglesia. De una realidad eclesiástica en que el Evangelio se anunciara a los pobres buscando, desde ese anuncio, la inserción de los católicos con los obreros, la familia de los obreros, los marginados sociales, para transformar la sociedad, hacerla más democrática, más igualitaria, más justa, más participativa. Así, 1969 encuentra a un sector del clero y de la feligresía católica totalmente separados del sector tradicional, con una actitud de búsqueda de una nueva realidad eclesiástica. Entonces teníamos las parroquias obreras, en barrios de esa condición, en las que irrumpieron también los estudiantes universitarios católicos. La Universidad Católica comenzaba a generar un estudiantado

* Erio Vaudagna era sacerdote católico en 1969. Entrevista realizada por María Cristina Mata y Elsa Chanaguir.

deseoso de participar críticamente en la construcción de una nueva sociedad y que buscaba incorporarse a los sectores obreros; lo más fácil para ellos, como cristianos, era incorporarse a la acción pastoral de una iglesia de esas características. De ahí que venían a apoyar, a secundar nuestro trabajo y como sacerdotes recibimos un aporte muy interesante del estudiantado de la Universidad Católica de ese tiempo y también de la Universidad Nacional, sobre todo de los sectores creyentes con gran apertura para una revisión profunda. Eso contribuyó a paliar un déficit nuestro que no se refería a lo religioso o al estudio de los textos bíblicos, sino a nuestra carencia de pautas de análisis económico-social.

Los curas tercermundistas, como dimos en llamarnos los sacerdotes que, asumiendo esa postura crítica, vimos la necesidad de organizarnos internamente, como movimiento eclesial, quizás cometimos muchos errores. Pero tuvimos algunos méritos. Uno de ellos, muy valioso, fue la capacidad de admitir en nuestros grupos de reflexión a gente no cristiana, atea, agnóstica, marxista. Por ejemplo, a la gente de *Pasado y Presente* la llamamos para que nos ayudasen a elaborar teóricamente conocimientos acerca de cómo realizar un correcto análisis socio-económico; ése fue un mérito. Otro fue el de tratar de establecer y mantener relaciones orgánicas, como movimiento, con los partidos políticos y las organizaciones sindicales. En Córdoba el trabajo más orgánico se hacía a través de la CGT, con sus principales dirigentes. Agustín Tosco, Atilio López y Elpidio Torres fueron gremialistas que estuvieron muy vinculados al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y con quienes hubo mucho trabajo en común. Recuerdo, por ejemplo, cuando en barrio Los Plátanos, y ya bajo la dictadura de Onganía, organizamos un movimiento llevando gente de los barrios al centro de la ciudad para protestar porque los impuestos que cobraba la provincia, las contribuciones territoriales por los inmuebles en los barrios obreros, eran iguales que en los barrios residenciales. Sentimos que debíamos exigir una consideración especial y entonces programamos una movilización barrial que tuvo éxito y para la cual contamos con el apoyo del sindicato de LUZ Y FUERZA; concretamente tuvimos varias reuniones con Tosco y otros dirigentes que nos indicaban cómo teníamos que organizar este tipo de manifestaciones. Un tercer mérito que debe destacarse es que fuimos capaces de construir parroquias muy democráticas. Allí no era el cura el que mandaba en el sentido de una Iglesia verticalista, sino que eran las asambleas parroquiales las que analizaban la situación del momento a la luz del Evangelio.

¿Cómo recibieron en los barrios esta presencia de sacerdotes, estudiantes, intelectuales, que llegaban con una lectura del Evangelio que los movilizaba, que los motivaba para insertarse en la fábrica y en el barrio con una actitud distinta? Desgraciadamente todo no fue un lecho de rosas, no nos recibieron con los brazos abiertos. El que nosotros queríamos, y el que tratábamos de vivir, era un cristianismo comprometido. Lo primero que hicimos, por ejemplo, fue deslindar la parte económica: no recibíamos limosnas y sosteníamos que los curas eran tipos que tenían que trabajar y ganarse el pan como los obreros del barrio. Por eso todos los curas trabajábamos, por lo menos en una actividad intelectual. Dábamos clases pero vivíamos de nuestro sueldito. No se cobraba nada por bautismos o casamientos; todo lo religioso era gratuito. Eso cayó bien. Pero después, la exigencia de un compromiso desde el Evangelio con la realidad política, social y económica a la gran mayoría de los cristianos tradicionales les produjo una sensación de una Iglesia que era extraña a

lo que ellos habían vivido y por lo tanto una Iglesia heterodoxa. Lo veían como algo que no era de ellos; eso nos dolió mucho. Vivimos una especie de soledad, quedamos como una élite del barrio. En Los Plátanos, donde yo era cura, eran casi todos de ATE, había un sector de gente de FIAT, un sector de IKA y después muchos obreros independientes, albañiles y peones. Así se componía ese barrio de unos ocho o nueve mil habitantes y de todos ellos yo contaba con cincuenta o sesenta obreros totalmente consustanciados con la nueva actitud cristiana. No era mucho, pero nosotros creíamos que poco a poco, a partir del testimonio de esos estudiantes, de esas familias obreras que nos acompañaban, la gente iba a entender este nuevo sesgo o esta nueva actitud de la Iglesia ante el mundo.

El Cordobazo nos tomó con una Iglesia de esas características y esa Iglesia lo vivió intensamente. Durante los días previos habíamos solicitado a la dirigencia obrera sindical que enviaran delegados a nuestras asambleas parroquiales con el objeto de informarnos cómo analizaban ellos la situación del momento, lo que pensaban hacer y el sentido que tenía. Por lo tanto la comunicación era muy fluida. Sabíamos de qué se trataba, qué se pensaba hacer y cuáles eran los fundamentos de esa lucha, aunque no habíamos reflexionado junto a la dirigencia sindical cuál era el futuro de la misma. En cambio con la dirigencia política tradicional había muy poco contacto, casi diría que no existían relaciones excepto con algunas agrupaciones de izquierda que todavía ni tenían características de partido.

Nosotros queríamos sacar al obrero de su lugar natural y hacer que su acción se desplegara en la parroquia. Por eso el día del Cordobazo nos encontró como una Iglesia con los obreros participando desde sus fábricas. Nuestros cristianos estaban allí, en sus lugares de trabajo, participando y concientizando como podían a sus compañeros acerca del momento que se vivía y de la trascendencia de esa movilización. En la parroquia lo que hicimos fue preparar a la gente para que acompañara lo mejor posible lo que estaba sucediendo en las fábricas y prepararnos porque preveíamos una represión dura: preparar hogares obreros y la parroquia también, hasta la misma capilla, por si había heridos, perseguidos, gente que tuviéramos que alojar por varios días. Hicimos esa organización logística desde la parroquia, mientras seguíamos paso a paso el desarrollo de los hechos y eso fue útil porque a la tarde ya recibimos las primeras personas que venían a buscar cierto refugio porque había empezado la represión. Al atardecer de ese día ya se preveía que iba a ser muy dura; entonces empezamos a recibir militantes que necesitaban apoyo. A todo esto, ante la magnitud del Cordobazo, todo el barrio también se fue plegando, aun los sectores más tradicionales o más reacios a movilizarse. Esa noche, en todas las esquinas del barrio había fogatas y esas esquinas se fueron convirtiendo en lugares de reunión, de análisis, de comentarios de los hechos. En esa forma se vivió el Cordobazo.

Después de esos sucesos la ruptura intereclesial fue todavía mayor y la división interna se profundizó. Paralelamente en el movimiento tercermundista se afianzó la decisión de trabajar para constituir una Iglesia nueva. Nuestras convicciones se profundizaron y se ampliaron los cuadros del movimiento porque después del Cordobazo, muchas diócesis que no habían percibido esta perspectiva y sobre todo la coherencia que ella tenía con el Concilio Vaticano II, comenzaron a adherirse. De ese modo, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo adquirió a nivel nacional dimensiones inesperadas. Nuestras asambleas nacionales agrupaban a más de doscientos sacerdotes, un número muy grande para ese tiempo y eran riquísimas en cuanto a contenido, a la reflexión teológica evangélica que en

ellas se daba. En esas asambleas surgieron las bases teóricas de lo que después, en confluencia con lo que ocurría en países como Chile, Uruguay y Brasil sería la Teología de la Liberación. Mientras se daba ese afianzamiento del Movimiento, hacia el exterior del mismo nos sentimos solidarios con el movimiento obrero, sobre todo con sus dirigentes más nobles, más honestos, más jugados y auténticos como Tosco, Elpidio o el Negro Atilio, que fueron líderes indiscutidos. Con ellos se siguió trabajando y también se siguió trabajando con los intelectuales de izquierda de quienes seguíamos recibiendo aportes teóricos.

Al mismo tiempo íbamos viendo que en el seno de las parroquias y movimientos cristianos se iba produciendo una radicalización que originaba la búsqueda de una salida por la vía armada. El Movimiento del Tercer Mundo se abstuvo de definirse porque era una opción política muy concreta, muy decisiva y muy dura que podía tener consecuencias gravísimas. Internamente cada uno hizo su opción, pero el movimiento como tal dejó en la ambigüedad la opción política, no se definió ni por uno ni por otro camino, dejó que cada militante cristiano hiciese su opción. Yo, personalmente elegí la vía no violenta y allí se produjeron las primeras divisiones dolorosas con otros sacerdotes y militantes cristianos. En ocasiones, que resultaban muy duras, los que optamos por la vía pacífica éramos tratados como traidores o burgueses, pero no era lo más frecuente. Existían incomprendimientos de ambos lados; con todo, lo que predominaba era la actitud de respeto. En cuanto a los partidos políticos, cuando se da la posibilidad de las elecciones, los grupos cristianos comenzaron a buscar su inserción sobre todo en el peronismo revolucionario, porque el radicalismo de esa época era poco convocante ya que si bien mantenía sus formulaciones democráticas no insistía en la justicia social, en ese nuevo cambio que estaba en el ambiente cultural, político y social de esa época. En ese sentido, a pesar de contar con dirigentes que eran indiscutiblemente honestos, limpios, como el doctor Illia, o el mismo Alfonsín, costaba sentirse interpretados por ellos. Entonces, ante un Partido Comunista también desacreditado, las opciones eran las agrupaciones de izquierda o los sectores de izquierda del peronismo. Pero eso ya fue el post-Cordobazo.

Para nosotros, los Sacerdotes del Tercer Mundo, fueron años ricos y complejos. El anuncio del Evangelio siempre era enmarcado dentro de la situación social, económica y política; nunca se hablaba en el aire. Pero la respuesta de la gente no fue masiva, siempre fue una élite barrial la que entendió y compartió nuestra propuesta de una nueva Iglesia y después de muchas presiones varios debimos renunciar a nuestras parroquias. Yo renuncié en el año '72 y me fui con una sensación de duda, con interrogantes. No sé si habíamos sido radicalizados, si habíamos sido muy dogmáticos en nuestra nueva línea. Si por eso no aceptamos con mayor paciencia una evolución más lenta de la gente y quisimos lograr un cambio muy brusco. No sé. Son interrogantes que han quedado, que uno se los puede hacer ahora pero que en aquel momento eran muy difícil formular.

Entrevista a Humberto Brondo*

"Con Onganía empeoraron las condiciones de trabajo y poco es lo que podían hacer los obreros, excepto resistir la opresión. Vivíamos resistiendo, aguantando, frente a una

* Humberto Brondo era obrero de Ika y estudiante universitario en 1969. La entrevista fue realizada por Mónica Gordillo en Diciembre de 1989.

política que nos llenaba de escarnio y vergüenza.

En relación a que el peronismo en un primer momento apoyó a Onganía, creo que no es así. El peronismo respondía al verticalismo que practicaba Perón y creo que el único apoyo explícito fue el que Perón pidió para votar a Frondizi, pero nunca el peronismo apoyó una dictadura militar, porque las dictaduras eran la antítesis de la doctrina justicialista.

A pesar de las cesantías y suspensiones nunca dejamos, en defensa de los intereses del gremio de tomar medidas de fuerza. Aun cuando no se podía lograr mejoras en los salarios, nunca dejamos de defender en la lucha activa la condición de delegados, tanto la comisión directiva del gremio como la comisión interna de reclamos. Siempre se hicieron paros, medidas de fuerza, para frenar el avance patronal y la única forma de hacerlo eran los paros activos o los paros dentro de planta. Es la única herramienta de lucha que tiene el movimiento obrero.

Frente a su pregunta si no teníamos temor de que nos echaran debo decirle que muchas veces fuimos despedidos y reincorporados. Personalmente fui despedido unas cuantas veces, porque se despedía en masa y luego la Comisión Directiva del sindicato lograba con sus tratativas que la empresa reincorporara alguna gente, en especial a los que éramos delegados. La empresa pretendía decapitar al gremio cercenando a sus dirigentes. Las suspensiones no recaían sobre algún sector particular porque eran masivas, utilizando la empresa todo tipo de argumentos.

Con las horas extras el gremio estaba en contra por una cuestión ética. Reclamaba que el hombre de trabajo tuviera sus horas para estar al lado de su familia, tratando de que viviera con un salario que le permitiera estar al lado de sus hijos. Había obreros que entraban a la fábrica a las 7 de la mañana y salían a las nueve de la noche. Cuando llegaban a su casa sus hijos estaban dormidos. Algunos creían que tenían bienestar porque habían trabajado muchas horas extras, pero habían dejado lo mejor de su juventud en la fábrica. Tenía compañeros con los tabiques perforados en los hornos de galvanoplastia, otros con la columna destrozada, otros que no soportaban la enorme temperatura de la forja. Fue un duro camino el que tuvo que transitar el gremio para conseguir la modernización de todo eso.

Cuando se decidía no hacer horas extras el gremio respondía a pesar de que algunos departamentos no acataban la medida porque a los mejor el delegado que lo representaban no compartía los criterios de la Comisión Directiva.

En relación a la Comisión Directiva y a su secretario general Elpidio Torres, creo que SMATA es lo que es —poderosa— gracias a Torres. Era un hombre dotado para la militancia política, pero fue muy dilatada su actuación como dirigente sindical y todo hombre que dura mucho en la función gremial, en el transcurso no sólo gana adeptos y simpatizantes, sino que como todo el que está en la punta del viento o en la vidriera, sufre desgastes. Pero, cuando uno hace raya y busca resultados, sabe si ha sido un buen o un mal dirigente. Para mí, lo reitero, SMATA es poderosa gracias a Elpidio.

Nosotros estábamos enfrentados, más que a Elpidio, a algunos miembros de su agrupación —la 24 de Febrero— miembros que después se volvieron en contra de Torres, que le fallaron. Eran hombres que decían estar incondicionalmente a su lado, pero que no brillaban como dirigentes sindicales, porque para serlo hay que tener luces, porque no se hace un dirigente de la noche a la mañana, hay que tener condiciones para serlo, como las

tenía Torres. Esos hombres eran obsecuentes y yo criticaba su obsecuencia. Después de tantos años yo me veo con Torres y me siento su amigo y en su hora lo critiqué y lo combatí, pero mi crítica y mi manera de combatirlo no fue nunca más que librada en el campo de las ideas, jamás en la agresión o la violencia.

Ambos éramos peronistas, pero lo que desdibuja un poco su imagen en mi época no era Elpidio en sí mismo, sino los hombres que con mucha obsecuencia iban a la planta y pretendían imponer ciertas pautas de conducta con las que discrepábamos.

Recuerdo que fui sancionado en el gremio por desobedecer una resolución de la Comisión Directiva, pero esas cosas no hicieron mella en mi vida. Lo que me pudo pasar o no en el gremio fue una circunstancia, un accidente, pero no era que nosotros o yo personalmente pensáramos que Torres fuera un mal dirigente.

Hay también en esa época una oposición de izquierda que después gana el sindicato y que se sigue manteniendo a través de una agrupación y también hay una agrupación trotskista, que contaba con hombres muy capaces, que podían persuadir, a lo mejor, en una asamblea, pero que no le hacían sombra a Torres, que era un hombre que manejaba muy bien las asambleas, de gran poder de convicción, lo que era natural en él, muy rico en su vocabulario sindical y siempre sabía cómo persuadir a su gente. Además fue muy organizado, prolijo, en la asamblea y en la forma en que iba haciendo aparecer los hombres para que cuando fuéramos a votación ganara su moción. Cuando la veía débil usaba la palabra y paraba la onda. Eran asambleas no de 10 ó 20 hombres, siempre excedían de 1000 a 3000.

El sindicato tenía una publicación llamada *El Mecanito* (a la que nosotros por chanza decíamos *el Macanito*). Era el vocero de la agrupación de Elpidio a través de la cual se informaba a la planta lo que pasaba y Torres siempre hacía el artículo de fondo.

En la relación con Torres debo decirle que en la primera elección yo lo voté e inclusive asistí a alguna de las reuniones de la 24 de Febrero. Pero después formé una lista en contra, la lista blanca, de la que participaba también Campellone, por quien siento también un gran respeto y admiración. Nuestras discrepancias no eran en realidad serias, sino circunstanciales. Yo quisiera estar hoy trabajando en el gremio junto a toda esa gente, a esa *pléyade de muchachos que hicieron el Cordobazo*.

Volviendo a Onganía debe decirse que las condiciones de trabajo eran tan malas en su gobierno que los obreros, cuando Onganía visitó la fábrica, lo silbaron en todo el recorrido. Es durante su gobierno cuando se cercenan no sólo las libertades sino casi todas las conquistas sindicales. Por eso, para nosotros los sindicalistas, es mala palabra Onganía.

Para el Cordobazo yo era obrero y también estudiante universitario en la Facultad de Derecho, ya que quería ser abogado. Era un sacrificio muy grande y recuerdo que tenía que hacer materias libres porque me coincidían los horarios con el trabajo. Leía los apuntes en el baño, lo escondía en el overoll y allí estudiaba.

Pero además era costumbre informarme de lo que pasaba por la radio. Tenía una portátil que llevaba siempre en el overoll y recuerdo que la que más escuchaba era Universidad porque era la que estaba mas informada.

Recuerdo que la noche anterior al Cordobazo hubo una asamblea en la Facultad y yo estaba muy marcado como dirigente gremial. Cuando pedí la palabra me dijeron que no podía hablar porque era dirigente sindical y les contesté que también era estudiante de de-

recho. Tuve que mostrarles la libreta. Los que me conocían no tenían problemas, pero como había estudiantes de otras facultades tuve que demostrar mi condición de estudiante. Hablé y apoyé la moción de hacer abandono de la Facultad de Derecho y de las otras facultades. Se ganó la calle y aun cuando hubo revuelta estudiantil, después de las 12 de la noche no pasó nada.

Queríamos conseguir el apoyo estudiantil. Nosotros no pensamos en el Cordobazo que se iba a dar una verdadera conmoción social como ocurrió y que cambió el rumbo de la historia política y sindical argentina. Salíamos porque los gremios más combativos iban a salir a la calle, pero lo que no esperábamos era que las masas se echaran a las calles en una manifestación de resistencia a la opresión que se vivía en ese momento. Estaban cercenadas las libertades, el hombre de trabajo veía que día a día perdía sus conquistas.

Para el Cordobazo, yo fui al gremio de Farmacia y a otros para pedir apoyo al paro activo preparado. De lo que nunca me voy a olvidar es que fuimos a UTA, en ese entonces estaba Atilio López, y no podíamos lograr su adhesión y en una asamblea que allí se hace se la consigue.

Esto fueron los prolegómenos. Al día siguiente se reúne todo el Cuerpo de delegados, yo iba con la gente de matricería. Nos reunimos en la planta y después salimos y avanzamos frente al Pablo Pizurno, que es donde se producen las primeras escaramuzas.

Nos largamos a unas barrancas que había en la zona y es ahí donde nos atacan por primera vez. Era una columna enorme, no podría precisar si eran 5000 ó 6000 hombres, era la más grande que había. Le reitero: el Cordobazo se podía haber hecho sin LUZ Y FUERZA, pero no sin SMATA, porque cuantitativamente era muchísima la gente que ganaba la calle y SMATA iba a tomar Córdoba sola, aunque no lo hubiera hecho ningún otro gremio, porque SMATA había dicho basta y porque SMATA era el gremio más organizado.

Y dijimos basta porque estábamos frente a una dictadura militar. Además de la connotación política, no debe olvidarse que había motivos gremiales poderosos, que la clase obrera estaba sometida, sojuzgada, sus convenios colectivos no podían discutirse y de un decretazo nos borraban conquistas adquiridas.

Era una rebelión masiva y SMATA dijo basta, porque era el gremio más lúcido y puedo decirlo a pesar de mis discrepancias en la forma, porque en la sustancia nunca discrepé con Torres. Fue un hombre que después del Cordobazo no huye, se queda en su gremio y lo llevan preso y de allá vuelve muy afectado, muy enfermo.

Ese día cuando nos atacaron con gases lacrimógenos, con tanta mala suerte que era un barranco muy profundo produciéndonos una especie de asfixia. Yo quedé inconsciente y cuando me repuse la gente ya había avanzado bastante porque superan la barrera de la policía y siguen por la terminal vieja y la calle Belgrano. Allí nos atacan de nuevo y cae el primer mártir. Ya venían otras columnas de otros gremios, como metalúrgicos. A eso de las dos de la tarde ya estábamos bastante descontrolados, a los dirigentes se nos fue de las manos, es una conmoción social que nos desborda y que, tal vez nosotros, no habíamos previsto.

Llevábamos piedras para defendernos. En relación a los pillajes, cuando se producen conmociones de este tipo, se rompen vidrieras, se queman autos, siempre aparecen los hombres de rapiña, y el pillaje se produce como en cualquier lugar del mundo en que hay una conmoción de tipo social. Mucha gente se vuelve a su casa y los que quedan en la ca-

lle son los grupos de activistas que quieren golpear al gobierno.

Yo me quedé hasta las dos de la tarde, después me voy a la casa de mis padres. En el barrio la gente mostraba solidaridad con los manifestantes y lo que acontecía.

Entrevista a Adolfo Mena*

En la época del Cordobazo yo trabajaba en una fábrica textil en Carlos Paz, era mecánico textil y también trabajaba como fotógrafo. Soy primo hermano de Máximo Mena, a quien mataron en el Cordobazo; como éramos parientes, recuerdo que viajamos a Córdoba el día de su entierro. Fue muy traumático, la presencia de los helicópteros sobrevolando; la adhesión de los gremios al sepelio.

Por ser más chico que él no lo traté demasiado, pero sí tenía contacto con sus hermanos menores; era una muy buena persona, muy trabajadora. No sé si tenía militancia política o si era o no gremialista. Mi recuerdo de él era de las reuniones familiares y sabía que por su condición de asmático cuando era chico había estado en la Estancia Vieja con su padre.

En mi caso particular, no tenía militancia política pero pertenecía a un grupo en Carlos Paz que se llamaba OJAP. Como en esa época no se podía hablar del peronismo, era algo parecido al peronismo. Ya no recuerdo qué querían decir las siglas pero sí que éramos todos jóvenes con inclinación hacia el peronismo, vivido casi como un sentimiento. Era como algo natural en una persona con sensibilidad hacia los pobres. Había también mucha comunicación entre estudiantes y obreros, no había una diferencia entre un trabajador o un estudiante entre los jóvenes. Teníamos la misma mentalidad, había coincidencia en todo, desde la música a lo intelectual. Era muy cálida la gente de aquella época.

En esos años la policía era muy represiva; se quería llegar a una democracia y se peleaba mucho, se discutía mucho. La juventud estaba prácticamente toda de acuerdo con esa movilización, fuera radical, comunista o peronista toda la gente en esa época se identificaba con algo. Musicalmente, por ejemplo, era muy profunda la música de la época; se consumían mucho las peñas, andábamos mucho de noche, íbamos a recitales populares. Había algo realmente revolucionario en ese momento, la misma onda que puede haber ahora en Nicaragua. Teníamos la esperanza de que el país cambiara, que tuviéramos un país con más fuerza, con más energía. Para mí, como entonces lo pensaba y lo pienso hoy, el ser humano es algo muy grande y por él el país tenía que salir adelante. Después se empezó a frustrar y desgraciadamente nuestra clase dirigente política, gremial, el clero, han hecho que este país no funcione, lo han ido atrasando, adormeciendo un proceso que pudo producir el cambio.

En el Cordobazo no participé porque vivía en Carlos Paz. Pero sí mi hermana que trabajaba en EPEC y otro hermano que vivía en Córdoba. Pienso, por lo que he hablado con ellos, que toda la sociedad de Córdoba estaba de acuerdo en decir basta a un montón de cosas; muy poca puede haber sido la gente que no estaba de acuerdo. Esas cosas eran la injusticia que había atrasado al país durante tantos años.

* Adolfo Mena era obrero textil y estudiante en 1969. La entrevista fue realizada por Mónica Gordillo en 1989.

El recuerdo más fuerte que tengo del Cordobazo fue la muerte de mi primo; en su velorio estaban los gremios, los trabajadores; recuerdo que fue en su casa de barrio La Fran- ce y cuando lo íbamos a llevar, recuerdo que pasamos por Alberdi y todavía estaban los tiroteos. La gente estaba indignada; todo el mundo había salido a la calle, y muchos cola- boraban en romper una vidriera o dar vuelta un tacho de basura. Con mi mentalidad y ju- ventud (tenía 18 ó 19 años) estaba de acuerdo y pensaba que estaba muy bien. Hoy tal vez no esté tan de acuerdo, no por miedo, sino porque a lo mejor no teníamos posibilidad pa- ra poder reaccionar de otra forma. ■